

# El ismo

Juan Manuel Dato Ruiz

Estamos tranquilamente sentados en un banco, apostado en un parque, o en mitad de una calle. Entonces te asaltan dos peculiares señores muy bien vestidos y altamente educados en las formas. Te cuentan de la llegada del tal Cristo y de otras tantas cosas y, ¡ay que ver como tengan razón! Pero por suerte para ellos me importa bastante poco mi futuro y el de ellos a grandes rasgos, pues a gran escala todos acabaremos en el mismo grado de olvido. O eso en principio.

Quizá podamos medir la importancia de la vida de un sujeto, y de ahí su inmortalidad, por la calidad y persistencia de su obra. Pero ese legado que deja, ¿es realmente susceptible de ser recordado? Y, por otro lado, ¿no parece objeto de poca monta hacer planes de un futuro que a uno no le toca? Podemos caer en la desgracia de pensar que vamos a ser más y morir con una enorme sonrisa de necio, o podemos aceptar la realidad dura y cruel tal como viene encima; moriríamos desdichados, pero con esa extraña sonrisa interna que sólo resta en la propia comisura, ocultando la intención y mostrando el respeto por un dolor que no se tiene.

Pero para entender la sonrisa de la Mona Lisa antes debemos identificar los ismos que nos han estado acosando a lo largo de la historia. Posiblemente el mayor y más perjudicial de todos sea el que nos ha estado sometiendo como si sus palabras fueran de oro. Pero claro, ¿no suena pretencioso defender que la opinión de uno es de mayor relevancia que los hechos descritos por algo que muchos han estado venerando por tanto tiempo? Es innegable que no podemos enfocarlo de esa manera, pues la humildad debe formar parte de nuestra forma de ser. Pero claro, ¿podemos defender con orgullo un escrito que no hemos escrito nosotros y que tomamos como si fuera susceptible de ser aplicado a nuestra vida más contemporánea y cotidiana? No importa de cuántas maneras describamos una religión, siempre habrá alguien que quiera reinterpretarla de una manera completamente distinta; sin embargo, todas defienden al final un mismo esquema: la defensa del ismo.

Cuando veo dos norteamericanos, o europeos, vestidos como van vestidos (o sin uniforme), perdiendo los años de su vida difundiendo La Palabra, no puedo sentir sino pena – al mismo tiempo debo pensar, “no soy nadie para salvarles, sino más bien para enseñarles por dónde se ubica la puerta de salida”. Pero por mucho que hablo con ellos, es como intentar cazar una tita con una herramienta inadecuada: te tiras al mar, buceas, localizas el agujero, escavas y, si no es una buena pala, entonces la tita se mete más al fondo. Hace falta una buena herramienta para que no cavén más su propia tumba: ellos mismos se veían afortunados, como si fueran portadores de esa enorme sonrisa, como si el necio fuera yo mismo – pero claro, sólo uno de los dos está más cerca de la Verdad, sea cual sea.

Así es cuando recuerdo la filosofía de los nativos americanos, los auténticos; aquellos que vivían de la tierra y con ella de una forma tan bohemia y autosuficiente – con ese bonito y espectacular respeto de formar parte del ambiente donde viven. Algo impensable para los congéneres de mi tiempo, algo fundamental para las futuras generaciones. Entonces se reunían en una gran asamblea; como es natural en el ser humano, siempre habría una especie de gran jefe, cuyo cargo sujeto a su enorme nobleza y talento le habría llevado a conseguir ser

reconocido como el militar de mayor experiencia reconocida. Este jefe podría utilizar una frase para dar consejo a los más novatos: una frase que podría resumir todo el esfuerzo necesario para llegar a ser alguien – para obtener el poder mediático.

Ciertamente es de eso de lo que se trata aquí ¿Cómo se consigue el poder mediático? ¿Cómo es posible que alguien vaya a ser tratado como un sabio? Podemos preguntarle al jefe indio justamente esas palabras: ¿cómo puedo ser jefe indio? Ilusas palabras: porque tienen fácil respuesta; el hecho de que tengan una fácil respuesta es lo que provoca la decepción de escuchar la respuesta, una respuesta que nadie quiere oír. Así podemos llegar a la siguiente afirmación: ¿puede ser interesante una pregunta cuya respuesta es trivial e irrisoria a la hora de llevarla a cabo? Para ser jefe indio debes adquirir talento de una manera honorable. Obviamente eso ya lo sabíamos. Quizá la pregunta fuera: ¿cómo ser noble cuando no se es o cómo tener un talento que no se tiene? A lo que habría que responder, ¿no será que tu pregunta es sabiendo que no puedo ser jefe indio por mi falta de nobleza o talento, cómo puedo llegar a serlo? La respuesta sería: con engaños, en cuyo caso no deberías ser jefe indio – pues si bien consiguieras engañar a tu tribu, también es cierto que, en momentos de crisis la llevarías al desastre y, a la larga, los futuros jefes indios no serían necesariamente mejores que tú. Por tanto eso nos llevaría al fin de nuestro sistema, y a la necesidad de iniciar una nueva etapa.

Como es lógico, toda mala persona lo último que desea es mostrar su verdadero rostro: razón por la cual necesita hacer uso de la lengua de serpiente. De una forma o de otra se ve en la obligación de hacer la misma pregunta sin que parezca que eso es exactamente lo que desea preguntar – ya que el jefe indio puede ser muy astuto, pero un cuchillo por la espalda es el mejor lugar donde la lengua de serpiente puede hacer uso del lenguaje para tergiversar todo lo que se pueda y así obtener el premio de un consejo de plata de ley para aprender a seguir usando más y mejor la lengua de serpiente.

Poco a poco nos tenemos que remontar a la misma pregunta, plantearla de una manera noble y no dar muestras de querer usurpar un puesto que no merece: Oh gran jefe, ¿cuál es la verdad primera? ¡Esa es la pregunta! Resulta que un consejo es una gran verdad, y sólo sirve para una circunstancia dada. Cuando juntamos diversas circunstancias para una misma persona, podemos dar otro gran consejo, mucho más general: éste explicaría el otro consejo más específico para circunstancias más concretas, pero sólo valdría para una persona en concreto. Si este macroconsejo lo pudiéramos aplicar a todos los individuos entonces ya tendríamos un consejo que nos valdría a todos; a través de él podríamos deshilar cada uno de los demás. Podríamos aplicarlo para cada persona y cada circunstancia que le compete. Y, por tanto, cada vez que alguien tuviera un problema sólo tendríamos que hacer uso de esta técnica – estas palabras mágicas – y automáticamente todos sus problemas quedarían resueltos. Incluido el problema de encontrar la lengua viperina necesaria para llegar a jefe sin merecerlo.

Pero un buen jefe debe percatarse y hacer uso del sentido común, debe analizar y dar buen consejo. Debe ser coherente y saber aplicar la lógica allá donde las circunstancias lo exigen. Entonces debe dirigirse al que intenta clavarle el cuchillo por la espalda y darle un consejo de corazón: No existe verdad primera.

Efectivamente: ¿cómo van a existir unas palabras que nos resuelvan todos los problemas para cualquier circunstancia? ¿Cómo van a existir las palabras de oro? ¿Cómo es posible que lo que le valga a “él” también me valga a “mí”? ¿Acaso no somos libres y nuestra voluntad se manobra a través de nuestros deseos moldeándolos y definiéndolos de una manera única?

Pero claro, el lengua de serpiente necesitaría algo más. Podría repudiar el trabajo de su jefe: podría pensar que el talento se puede fingir, que la nobleza es irrisoria allá donde se necesita. Puede intentar seguir engañándose, como el que no entiende que noble es el que se ofrece desde las alturas para habilitar el derecho de alguien que le es inferior. Pero claro, ¿qué derecho puede tener nadie a decir que se encuentra por encima de los demás? El derecho de que se le reconozcan sus privilegios, y ese por tanto sería nuestro deber: el deber de reconocer los privilegios de quienes van a proteger nuestros derechos ¿Y quién les otorgó esos privilegios? Al jefe indio se le otorgó esos privilegios debido a su talento, y a la manera de hacer uso de él, que lo convertía en definitiva en un jefe ¿Cómo puede falsearse un sistema que no puede mejorarse? Si se falseara entonces otra tribu india enemiga podría aparecer una noche y acabaría con esta tribu tan desordenada; eso es lo que significa una cadena de mando.

Pero el lengua de serpiente no se contentaría con esa explicación. Acabaría escapando de la reserva e intentaría comprender la tecnología más poderosa en el planeta Tierra: la que gobierna el mundo de la civilización occidental. Aprendiendo matemáticas y unos tantos de tecnología pronto descubrirá a gente muy talentosa para poder hacer la siguiente de sus preguntas con un afán muy viperino: ¿cuál es la tecnología que las abarca a todas? ¿Existe un programa de ordenador que sea capaz de resolver todos los problemas que se le planteen? Ciertamente nuestro lengua de serpiente está mejorando, quiere seguir siendo jefe, pero aún no lo comprende: no puede existir tal programa ni siquiera en el mundo de la tecnología. Pero esta vez se lo demuestran matemáticamente. Le dicen que eso es imposible, por la inexistencia de un algoritmo capaz de asegurar si un ordenador se puede colgar o no en medio de un proceso.

Entonces el lengua de serpiente prueba a ir más bajo: a las ciencias. Y vuelve a hacer la misma pregunta; ¿es posible un lenguaje científico u organización lógica capaz de explicarlo todo? Tampoco, le responden: existe un teorema matemático hecho por Gödel, llamado de la incompletitud, donde se asegura que cuanto más poderosa sea la nomenclatura para describir los hechos más cerca se estará de no ser capaces de asegurar si el enunciado es verdadero o falso...

Ya sea por activa o por pasiva, intentará la obra de arte más bella y las palabras que puedan convencer y la gente le dirá: en cuanto a que pueda convencer las palabras se difuminarán junto con el poco fundamento persistente de lo que se describe. Pero claro, el señor don lengua de serpiente no necesita nada más: con ser abogado le basta. Ahora su objetivo es alcanzar la presidencia.

Cuando tenemos un sistema que de por sí posibilita a que las malas pécoras puedan ocupar el poder, gracias no a su talento ni tampoco a su nobleza, sino exactamente a lo contrario, entonces poco a poco veremos cómo nuestro sistema se degrada más y más, creando así una escuela de perdedores cuyo único futuro es fingir el talento y la nobleza; cuando, de corazón, habría que ser muy muy necio para darles un margen de confianza.

Es entonces cuando volvemos a nuestros dos hombres vestidos de elegante, defendiendo las palabras de oro, diciendo que no hay más interpretación que la que se lee y que ese tal Dios no tiene más remedio que ser perfecto (aunque matemáticamente esa fórmula no tenga cabida: vivo y perfecto). Claro es que el cristianismo tiene solución para todo, bien podría decirse que siendo Dios uno y trino las matemáticas podrían no atreverse ante semejante trunca de posibilidades, invalidando las demostraciones... Pero eso es lo de siempre: los designios de Dios son inescrutables: lo que quiere decir que, nos pongamos como nos pongamos, la tita volverá a escurrirse y a tirar más al fondo.

Bien, pues sigamos viendo la vida que nos lleva el señor don lengua de serpiente en su afán de querer ser presidente. Para ser presidente de una democracia lo primero que hace falta es una lista de borregos que te apoyen, seguido de una lista de listas de borregos que te sigan. Esto es como lo que tiene que hacer el pastor para llevarse al rebaño: lo más cómodo es coger al borreguito más indefenso y débil, el que se quedaría siempre atrás, para llevarlo consigo por delante – mientras la mamá sigue al pastor balando por su vástago, seguido de otras madres que vivieron algo parecido y, movido el rebaño principal, le seguirán un enorme grueso. Pero bueno hará el tener un perro, un amigo fiel que ayude a hacer temer a los muy borregos los peligros de abrirse camino por su propia cuenta. El camino lo marca el pastor, los borregos no deben ni pensar. De sólo hacerlo, el fiel perro del pastor reprenderá cualquier acción con mano firme y dura. El objetivo de tener a un perro fiel es el de reprender y fustigar, así como aleccionar y adoctrinar cualquier deseo de o sueño, cualquier intención de ir o balar, de desperdigarse más allá o de obrar por cuenta propia. A esta represión policial nuestra lengua de serpiente tendrá que recurrir siempre que pueda; será uno de sus medios más deseados, mientras ignora cualquier acto que suponga un exceso.

Puede parecer ilógico que quieran apoyar a alguien hermoso que muestra soluciones, pero sobretodo un cambio a ese perro tan mala gente que no sabe lo que es la autoridad. Pero por desgracia el aborregamiento le funciona: hay muchos que le seguirán, y los que no le sigan poco importa, pues tiene rebaño suficiente y un sistema que permite ignorar a ciertas minorías que podrá apartar en unas reservas; quizá a modo de zoológico. Hay que imaginarse al señor lengua de serpiente y familia, con sus amigos, visitando esas celdas tan monas con o sin barrotes, riéndose de aquellos que no se sometieron, que simplemente expresaron su disconformidad – sin perder el orgullo de ser gente noble y con talento – pero en la reserva y sin ocupación posible salvo el esperar a tener que ver que deba pasar algo para que puedan tener derecho a actuar ¿Indignante? Deleznable, ciertamente.

Nuestra lengua de serpiente tendrá que hacer uso de una nueva técnica: los ismos. Es la técnica definitiva, la gran herramienta: ya que no podemos tener una mega-herramienta que lo arregle todo, entonces dispondremos de un mecanismo que genere una falsa realidad que permita hacernos creer que todo estará arreglado. Así ese perro que está ladrando y nos da miedo, ese perro que lo ha puesto el propio pastor y no otra persona, será el pastor quien lo aparte del rebaño y lo “ajusticie”, promocionándolo al interior de la granja a un lugar donde nadie vea los diversos privilegios de los que disfruta al margen de la responsabilidad del respeto a la ley. Es un mecanismo bastante sencillo: yo pongo el enemigo común, genero el miedo. Y para ese miedo artificioso que no existe puedo disponer del mecanismo para subsanarlo. Es el truco del almendruco. Es lo más infantil: mira niño, todos los años unos reyes

de oriente te traen regalos, ¿que cómo los traen? Pues como vienen del desierto, ¡en camello! Así tenemos todos los problemas resueltos. Luego nos hacemos mayores y nos damos cuenta..., quizá a algunos les caiga un enorme resentimiento, esto es: porque para muchos habría que empezar de cero ¡Qué bonito sería poder explicar el miedo a la muerte! ¿Acaso no se puede? ¡Quién nos dice que no podríamos tener una herramienta lo suficientemente poderosa como para asimilar la muerte!

Pero antes de alcanzar esa herramienta debemos de seguir el trayecto de nuestra lengua de serpiente, y así entender dónde podríamos tropezar o en donde nos podrían hacer tropezar. Al fin y al cabo es bastante simple: necesitamos a los progresistas y a los conservaduristas. Necesitamos a los nacionalistas y a los patriotistas. Necesitamos a los racistas, machistas, dentistas... ¡Los que sean! Ahora ya podemos definir un partido: sólo tenemos que marcar la X en el lugar adecuado y despotricar contra el que no piense como nosotros. Como al fin y al cabo se está jugando a las quinielas, poco importa si estás jugando o no a favor de tu equipo; al final todo se reduce a dos grandes equipos: el Madrid y el Barça. Poco importa lo demás, porque para cuando se acerca el derbi eso es o los tuyos o los míos. Lo demás poco importa.

Y vemos a todos esos forofos gritar y gritar. Se divierten viendo ese espectáculo de hombres en calzoncillos persiguiendo una esfera imperfecta cosida con un especial mimo por las matemáticas. Desde un cierto punto de vista objetivo, al final sea o no justo el partido, uno ganará y otro perderá, pero lo más importante es que el árbitro no pinte nada en cualquier tipo de anulación: se necesita un árbitro para que los dos contendientes puedan disfrutar deportivamente, pero el hecho de que se equivoque será objeto de críticas y lamentos – nunca será suficiente como para revocar el resultado. Sea como sea hay que fiarse, dentro de los márgenes posibles, en nuestra capacidad de cálculo con respecto al número de goles. No podemos cuestionarnos algo tan básico: quien gane ha ganado y, si corresponde prórogas, entonces se continúa el partido como se haya acordado, según los pactos y los convencimientos. Porque todo hay que decirlo, la regla del balón de oro es algo que no le convence a nadie: el primero que marque se lleva el partido, eso es como decir que quien consiga todos los pactos de casualidad se quedará con todos los repartos. Malo es descubrir que uno tenía mucho mejor equipo, en talento y representatividad, para luego ver lo importante que era el que se lleve uno el balón de oro.

Siguiendo los esquemas de los partidos de fútbol, nuestra lengua de serpiente se preocupará de hacer una selección de su mejor plantilla. Para ello todos los aficionados en la cantera fingirán ser amigos de esa lengua viperina, sin embargo el odio se palpa en las filas: que si coloca al hermano, al amigo, al hijo del presidente... Es normal, para tener dinero necesitamos a un presidente; para ser conocido necesitamos a un amigo; para formar una familia...

Con un afán de pertenencia al equipo, y no por el liderazgo que suponga, los equipos se formarán a base de ismos, despotricando contra los ismos de los demás mientras se ignoran los ismos propios. Entonces, el don lengua de serpiente lee lo que escribo y me pregunta: ¿oye, acaso no estás escribiendo palabras de oro? ¿crees que son justas y perfectas tus palabras? ¿debe la gente seguirte a tu partido o es que te crees enormemente talentoso y con la nobleza suficiente de compartirlo de manera que todos quedemos como si fuéramos unos

necios? Mi respuesta sería la siguiente: “Cíñase a los hechos – nos evaluaremos por nuestras obras”.

Buenos son algunos documentos, que mostraban verdades bien pensadas; antes de que sucumbiéramos al error. Malo sería coger este documento y redactarlo con letras de oro, pues entonces ¿qué nos quedaría por entender? ¿Hemos capturado realmente la herramienta necesaria para que esos gusanos no se escabuyan en su hoyo y se entierren más y más en el fondo de una mentira que ellos mismos se han montado? Efectivamente nos acercamos más al final de este apartado, y todos sospecharemos que no seré capaz de transmitir la paz y el sosiego del que sabe que obra bien sin necesidad de un guía que le fije el camino. Pero los hay que necesitan dicho guía, pues dicen que no hay verdad, cuando sí la hay: pues la que no está es ésa que es la primera; al no haber verdad primera ésta se convierte en nuestra verdad primera – lo que nos obliga a tener que aceptar que no es su existencia ontológica lo que no existe, sino la gnoseológica: la que nos permita iniciar el consejo y terminarlo antes del fin de los días. Porque igual de mala es la asamblea que calla, como la que nunca termina de hablar.

Me dicen esas dos personas que existe una razón por la cual existen las leyes: los hombres son malos. A esos religiosos les digo que se equivocan. Me dicen que no, si no, ¿de dónde viene la maldad? ¡Qué enfermo puede llegar a estar quien pretende ocupar un puesto que no le corresponde! No se trata de sacrificar a nadie, ni tampoco de no valorar su verdadero talento, pero claro: ¿cómo va a percatarse qué es lo que le espera la vida si se fija tanto en aquello para lo cual no ha nacido? Es un absurdo: quien codicia lo que no le corresponde lo único que consigue en adquirir el mayor de los vicios insostenibles. Esa envidia proviene del orgullo que tiene aquel que no admitirá a un ser inferior el ocupar un puesto que considera suyo. El ver a alguien tan despreciable desaprovechar esas dotes de talento por culpa de su nobleza..., claro, tenía que ser el análogo natural de la nobleza.

De pequeños nos enseñan a tener envidia, pero no a ser nobles. Lo hemos visto cientos de veces: hay que perdonar siempre a tus primos ¿qué tiene eso de noble, no es posible que actúen así por envidia y esa acción favorece el que vuelvan a hacer de las suyas?, hay que ir siempre a misa ¿acaso el oficio religioso no podría provocar un aumento de la represión interna y mirar al ateo con esa sensación del que como ese vive mejor debo arruinarle en lo posible? Sería muy fácil responder que no a todo ésto, pero son ejemplos de unos fundamentos de la idea de que se tiene del cristianismo – una religión como otra cualquiera.

¿Qué habría pasado si de pequeños nos hubiéramos sentido orgullosos de ser lo nobles que somos? Si hubiéramos mantenido nuestro espíritu noble. Si fuéramos capaces, por tanto, de portar los más altos privilegios para el beneficio de los que lo necesiten. Las cosas serían muy diferentes si nos enseñaran a ser tan grandes como realmente somos desde el momento en el que nacemos. Entonces es cuando nos daremos cuenta de que el desvío del mal uso de la consciencia, el abuso del vicio, provoca la deficiencia en el uso de la filosofía del individuo dentro de su niñez y, por tanto, de poco le servirá el periodo de estudio de la historia de la filosofía en el periodo de su adolescencia, para así poder desechar cualquier estudio a posteriori – salvo que se haga lector, escritor o incluso pedagogo.

Pero esto mismo se lo explico a estos dos, que parece como si ya hubieran previsto que fuera a decir una cosa u otra, son expertos en su materia – no como yo, que me equivoque allá donde

puedo y no tanto donde quiero, pues bien es cierto que soy carne y malo es tenerla y actuar como si fuera uno luz y la verdad misma. Pero se me escabuyen, y me dan pena, porque les planteo conceptos y se les olvida..., les planteo dudas y me responden con evasivas que les convence... Pasaría una tarde antes de comprender que la manera que se debe actuar con esta gente es más bien sencilla: como todo en la vida.

Antes de que me hablaran ellos me hablaron otros dos, unos meses atrás, también tenían ese perfil de pecadores que creían que llegaba ya el fin del mundo y que era el momento perfecto para arrepentirse..., el mundo, ciertamente, está gobernado por unas fuerzas macroscópicas que no podemos controlar y que se rigen por una inteligencia muy superior a lo que podemos entender: ¿nuestro cerebro representa una gran capacidad de orden y reducción de la entropía? Pues bien, los movimientos mismos del universo suponen una aplicación de normas mucho más fascinantes y complejas. Malo es que nos creamos en el centro del universo y que nuestras partes suponen mayor complejidad que lo que nos rodean macroscópicamente, hablábamos – pues ¡esa sí sería una teoría antropocéntrica! Hace poco un cometa se acercó al Sol, me decían, y yo les completé la explicación: y una emisión magnética desvió la trayectoria del cometa. Una emisión más fuerte o más débil por parte del sol al cometa y éste podría haberse desviado lo suficiente como para que acabara tropezando azarosamente en nuestro perjuicio. Y ese perjuicio sería insondable en vidas humanas. Sin embargo, más allá de las fórmulas físicas, el astro rey hizo una peculiar jugada, ¿por qué? Porque de lo contrario el cometa se habría fundido con alguna de las partes del sistema solar, provocando un aumento de la entropía. En alguna ocasión, muchos años ha, tuvimos la suerte de observar otro cometa, éste más pequeño, estampándose contra Júpiter. Dejó a los astrónomos estupefactos: de no haber acabado ahí podría haber acabado con nosotros ¿qué puede significar todo esto?

Sin lugar a dudas la vida humana es insignificante para las fórmulas de la física; bien podrían entrelazarse incluso las trayectorias más allá de las leyes de Newton o de las de Kepler, y así calibrar los movimientos planetarios un esquema orbital donde el electromagnetismo juegue un papel mucho más importante – sea como sea en el proceso de caída libre de todas esas grandes masas existe un orden y concierto igual de respetable como la vida humana, animal o vegetal: se trata del mismo misterio vestido de un halo diferente.

¿Pueden nuestros grandes astros actuar con nobleza en nuestro beneficio? ¿Se corre el riesgo de sucumbir a alguna clase de ismo (gayaismo) al pretender defender estas teorías? Y, quizá lo más importante, ¿en qué medida puede afectarnos saber esto?

Cuando vivimos con la pretensión de querer clasificar todas las cosas según las concibe nuestro cerebro, nos damos cuenta de que en realidad nos estamos sometiendo al esquema que sólo nuestra cabeza estaría dispuesta a asumir. Si toco una mesa, la realidad de la mesa es una nube de puntos, cuando la miro las posibles frecuencias y luces se disparan por todos los sentidos; pero mi sistema visual no me permite querer ver lo que hay detrás de las esquinas: pues esa información nunca me será útil. Me será mucho más útil plantearme las cosas como si fueran partículas: es mucho más gráfico.

Si el mundo se comportara de manera mecánica y muy gráfica entonces podría entender el movimiento de las cosas. La mesa estará quieta hasta que se le infrinja un movimiento a través de una fuerza. El planeta se caerá haciendo círculos a través de una geodésica sin superar la

velocidad a la que circulan las partículas más pequeñas concebibles: las que conforman la propia unidad de energía, los fotones. Un mundo así es un mundo imaginable, muy gráfico. En cuanto a que es imaginable es útil. Pero en cuanto a que es útil, cual lengua de serpiente, es falso.

¡Qué fácil decir que todo quede determinado por un esquema exacto! ¿El modelo de la realidad es exacto cuando no existe nomenclatura capaz de formar una sólo afirmación con plena certeza? ¿A ustedes les cuadra todo esto? A mí no. A una mente como la de Einstein, que esperaba encontrar a Dios en el universo, no era de extrañar que defendiera un modelo tan..., perfecto. Pero los conocimientos que llegan a nuestra mente no es sino el resultado de un filtro adecuado que nosotros mismos nos impusimos a medida que fuimos creciendo: conocer es negar lo que no necesitamos. Si negamos una realidad que no necesitamos eso quiere decir que hay una realidad que no concebimos; así como que la realidad misma tiene una forma distinta a como la percibimos. Es más, de lo contrario no la podríamos percibir.

Poco a poco nos vamos acercando al centro de la cuestión: aguanten un poco que sólo han sido 8 páginas. Imaginen un avión teledirigido del Pentágono. Este avión estará formado por tecnología Stealth y podrá pilotarse incluso a distancia. Lo más importante de este avión es que pueda servir para hacer un reconocimiento de los objetos que encuentre en tierra. Es decir, debe reconocer cosas militarmente relevantes.

Imaginen un ordenador, ¿puede el ordenador saber qué es militarmente relevante? Imposible. Necesitamos un militar que se lo diga. Al ordenador de a bordo, se le puede programar un mecanismo que permita reconocer objetos. Pero cuando vea un pájaro, éso será un objeto. Cuando vea una roca éso será un objeto..., habrá muchas cosas que serán objetos y, si está bien programado, puede que la mayoría de las cosas que vea el avión no sean militarmente relevantes. Es entonces cuando nos damos cuenta: el papel del militar es el de cegar al avión; ocultar información que no necesita para que aprenda a reconocer lo que necesita.

Nuestro cerebro necesitaba saber dónde estaban los objetos para agarrarlos, olerlos para evaluar su utilidad, escucharlos para interactuar con ellos..., pero la mayor parte de la información la fue perdiendo en beneficio de lo que lo atormentaba. Es como el religioso que fue pecador: durante años estuvo pecando y pecando, su cuerpo le hacía sentir mal y mal, pues nuestro cuerpo reacciona mal ante los actos antinaturales como la falta de nobleza (necesita gastar el cerebro mucha más energía y le afecta anímicamente al cuerpo completo), es por ello que el cuerpo con los años emite señales a los que actúan de manera antinatural a como es el individuo ontológicamente (aunque nos cueste definir al individuo en toda su extensión) y un día unas palabras de oro les comunica lo que necesitaban oír para que su cerebro se activara y les pastoreara en una dirección que les convenía.

Como borregos aceptamos algunas mentiras, pero la próxima vez que los vea cogeré un cuaderno y apuntaré todas las dudas que me surjan de su discurso. Luego les expondré las preguntas que no me han respondido, recorrido en anchura – no en profundidad (pues alimenta la psicosis): si son ellos los engañados será mi pala quien les saque del agujero. Ahora bien, ¿y si son ellos los que me sacan del mío?